

ella no encuentra el refugio que vosotros encontráis en la ciencia, en la política, en la guerra. Al rechazar con fácil despejo a una joven que solo os pedia una mirada, creéis haber cumplido un heroísmo cuando no haceis más que cambiar de terreno acabando de consumir una inmolación villana!

—**María! María!**—Esclamó Enrique con los dientes apretados y presa de una horrible agitación.

—**Sí!**—prosiguió ella, cadavez mas exaltada—vosotros aceptais la complicidad del placer dejando para nosotras las torturas del remordimiento y del abandono. Pusilánimes hasta en el crimen, no matais una mujer de un solo golpe sino que preferis verla extinguirse en la sorda hoguera de un amor ultrajado que ni aun tiene el derecho de quejarse.

—**Ah!** Qué atroz padecimiento—balbuceó Enrique con aire estraviado y mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

—**María** no parecia escuchar y continuó.

—Nos llevais hasta el borde del abismo por una senda cubierta de flores y retrocedeis pronunciando frases sacramentales de honor, dignidad y conciencia. Provocais el huracan y dejais que el arrastre a esos pobres seres que solo vivian para vosotros y que inútilmente os estendien la mano!!....

Era tan penetrante, tan patético el acento de María al pronunciar estas últimas palabras que Enrique subyugado, sintió que la pasión hizo explosion en su pecho, la sangre golpeó violentamente sus sienes, y con el ademán de una resolución frenética avanzó hacia María y le dijo:

—**Qué quieres?**

Morir amada y amando—respondió con exaltación y fiera.

—**Yo tambien lo quiero.**

Y un puñal brilló en manos del joven. María se quitó la capa y el sombrero, se prosternó a los pies de su amante en la actitud de la desposada que sonrie al pié del altar, y mirándole con infinito recojimiento aguardó con los brazos abiertos que el puñal cruzara su pecho.

La luna colgada de un cielo terso y puro, iluminaba de lleno este cuadro que tenia algo de fantástico y aterrador.

El brazo levantado para herir cayó desalentado a lo largo del cuerpo de Enrique quien mirando á María murmuró con abatimiento.

—**Yo no puedo....**

El recuerdo instantáneo de Daniel, niño que apenas contaba cuatro años, paralizó su mano. Pero de súbito volvió á levantarla. Era para desgarrar su propio pecho, dándole así el único desenlace posible á una situación demasiado tirante. María se lanzó sobre él y le contuvo. Era menester matarla para desasirse de ella en momentos en que una sobreexcitación nerviosa le daba un vigor extraordinario.

Contrariado, exasperado, abrumado, dejó caer el puñal y se desplomó en uno de los sofás de mármol de la gloria. María le contempló un instante, y con tono sarcástico la dijo.

—**Vivo ó muerto siempre que queieris ser solo.** Os pesa la cadena que habeis forjado en un raptó de delirio, y queieris romperla, pero únicamente para vos. Olvidais fácilmente que hai solidaridad entre nuestras vidas y que es necesario que no arranqueis el corazón ántes de totar al vuestro. Teneis miedo! Vacilais ahora como siempre dejando que nuestro destino se arrastre entre el temor, la desconfianza y las zozobras de una situación indecisa. Pues bien. Voamos si hai medios de apurar esta situación.

Enrique permaneció mudo en una especie de estupor. María se envolvió nuevamente en la capa, tomó el sombrero y se alejó.

M. RICARDO TERRAZAS.

(Continuara.)

CADA UNO ESTA A LA SUYA.

Me miraste.... No, mentira:

Porque nunca fué mirada

Toda una hoguera lanzada

Sobre un infeliz, Elvira.

Ay! mi lira!

No sigas ya sus antojos,

Esclavo nada se avanza

Y voy á tomar venganza

Arrancándole los ojos!

No sientes, niña, zozobra?

Cómo! no impides mi intento?

Pues Señor, mucho lo siento

Por que ojos no es lo que sobra.

Ea! á la obra!

No hay títere que me arguya,

Mi derecho es de defensa,

Que ellos me hicieron la ofensa

Y.... cada uno está á la suya!

Mas.... la cosa es algo fuerte

Y pensándola con calma,

Si quito la luz á mi alma

Yo mismo me doy la muerte.

¡Negra suerte!

Justo es que tu lábio ria

Segura de no perdellos

Pues al dejarte con ellos

Es.... porque *estoy á la mía!*

LUIS DEL LAGO.

ANDREA BELLIDO.

(LA HEROINA DE HUAMANGA.)

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Al señor D. Federico Torrico.

I.



N UNO de los hermosos días del mes de Abril de 1822, la población de Huamanga, se hallaba alarmada por los rumores desfavorables que circulaban acerca de uno de los tantos hechos de armas ocurridos á la sazón entre patriotas y realistas.

Diferentes corrillos disentan en las esquinas; las autoridades se reunian en consejo, mientras el bello sexo acudia á los templos para implorar la proteccion del cielo en favor de los seres queridos que se hallaban en uno y otro bando.

La luz del crepúsculo comenzaba á tomar los oscuros tintes de la noche, y el tañido de las campanas llamaba á los fieles á la oracion. Entre la multitud que salia de uno de los templos, la ávida mirada de los curiosos descubrió á una joven que aunque descendiente de la pura raza india, tenia en su fisonomía los rasgos mas bellos y correctos. Sus hermosos ojos negros sombreados por largas y sedosas pestañas, brillaban sobre su cutis moreno pálido, á que daba nuevo encanto su abundante cabellera de ébano.

Esta era Andrea Bellido. Apenas habia salvado el umbral de la iglesia, cuando su mirada intranquila fijándose en todos los grupos, pareció buscar algo con esa inquietud del corazón que no se escapa á los ojos del observador.

De repente ahogó un grito de alegría; de una de las calles próximas, salió un indio que al ver á Andrea hizo con la cabeza una señal de inteligencia solo comprendida por la joven.

Entonces paso á paso y afectando la mayor indiferencia, llegó ella hasta la esquina donde

el indio permanecía de pié y le dijo rápidamente al pasar y en lengua *quechua*:

—**Y bien?**

—**Está hecho.**

—**Sígueme á la distancia.**

Y Andrea y el indio siguieron el mismo camino sin que nadie se apercibiera de su rápido diálogo.

II.

En la misma noche y apenas habia sonado el toque de la queda, un gallardo español llamado D. Fernando de Silva, llamaba á la puerta de una modesta casa, en cuyo patio alumbrado por la escasa luz de un farol, se veia una de esas antiguas y sólidas verjas de madera fuertemente aseguradas.

Despues de un cuarto de hora de espera, la verja se abrió silenciosamente y dió paso á D. Fernando.

—**Y bien D. Fernando,** le dijo el indio noble en mal castellano, ¿que quieres de mí?

—**Hace un año que solicito la mano de tu hija,** y solo he recibido de tu parte y de la suya, respuestas evasivas; habla, yo quiero saber hoy tu decision.

—**Andrea no te ama—**contestó el indio secamente.

—**Que no me ama dices?** exclamó el español, y un relámpago de ira cruzó como una nube por su frente—**está bien,** Bellido, tu orgullosa hija se arrepentirá de su desvío.

Bellido lo miró con supremo desden, y levantando los ojos al cielo de quien esperaban entonces su libertad y su dicha los hijos del Perú, murmuró en su idioma nativo varias frases entrecortadas que el español no alcanzó á comprender.

D. Fernando salió de la casa de Andrea lleno de ese amargo despecho del que se ve herido en el corazón y burlado en sus esperanzas.

La luna suspendida sobre un cielo límpido y sereno bañaba la ciudad. Los cerros cenicientos se levantaban á lo lejos como avanzados centinelas, y no se oia otro ruido que el marcado paso de las rondas que recorrían la solitaria ciudad, sobrecegada entonces por ese terror vago que precede á la realizacion de las heroicas empresas.

D. Fernando cayó anonadado sobre un banco de piedra que habia en la calle junto á la casa de Bellido, y asi embocado en su capa, con el rostro oculto entre las manos, inmóvil y mudo, permaneció mucho tiempo meditando su venganza.

Habia pasado una hora.

La reina de la noche, escondió entonces su faz entre negros nubarrones, y D. Fernando protegido por la sombra pudo ver y oír sin ser visto.

III.

Una figura blanca y vaporosa abrió cautelosamente una ventanilla de la misma casa de Bellido y dió tres palmadas.

Al sesonar la última, un fantasma agazapado en el hueco de una puerta se fué levantando lentamente y se aproximó á la ventanilla.

Entonces, una voz dulce y armoniosa como el rumor que producen las ondas de un lago, murmuró entre el silencio de la noche y en *quechua*, idioma desconocido para el español, las siguientes palabras:

—**Escucha Pucanahui,** hoy me fué imposible darte instrucciones—no quiero que mi padre que tanto me ama se entere de la parte que tomo en una empresa tan arriesgada—te he ofrecido mucho oro y cumpliré mi palabra si me sirves fielmente.

—**Haba,** soy tu esclavo.

—**Me dices que has visto á López?**

—**Sí.**

—**Cuál es la prueba?**

—**Esta,** contestó el indio y sacó de entre los pliegues de su manguento *cuelco de oreja*, un ceñidor cuidadosamente envuelto.

Andrea se separó un momento de la ventana

para adquirir en la luz la seguridad de que la prueba no era falsa.

Radiante de alegría volvió la hermosa india a su sitio, y alargando una bolsa á Pucanahui, le dijo con emoción:

—Me has servido bien, y estoy contenta de tí—aquí tienes la primera prueba de mi generosidad.

—Y ahora qué debo hacer?

—Escucha—la hora de la libertad ha sonado para los peruanos; pero aun hay que vencer muchas resistencias.—¿A cuantas leguas has dejado á nuestros amigos en cuyas filas se encuentra Lopez?

—A seis leguas de aquí.

—En qué punto?

—En Quicacmaclai.

—Pues bien, no hay que perder un segundo, corre, vuela, derrama el oro por el camino y que dentro de dos horas á mas tardar reciba el ejército patriota el aviso que le envío.

Y sacando de su hermoso seno un blanco papel cuidadosamente plegado lo puso en las manos del indio.

—Es para Lopez? preguntó éste.

—Sí, para mi amado Lopez, contestó Andrea con pasión y las brisas de la noche llevaron hasta los oídos de Fernando un amoso suspiro.

—Pucanahui, le dijo la jóven con energía viendo al indio que se disponía á partir, júrame que solo con tu muerte podrán arrebatarte ese papel.

—Lo juro, contestó el indio y despues de guardar el papel con esa religiosa escrupulosidad del que todo lo teme, de aquel á quien las desgracias han hecho medroso y desconfiado, se alejó de Andrea á grandes pasos y se perdió poco á poco en una de las próximas callejuelas.

IV.

Fernando mudo espectador de esa entrevista misteriosa no perdió ni un ademán, ni la mas ligera entonacion de voz, ni un movimiento, ni una suspiro; nada comprendió del diálogo, pero lo vió todo.

Con la suspicacia y la rabia del hombre enamorado creyó que se trataba de una cita amorosa y no de una conspiracion; creyó que el ser quien Andrea hablaba en la soledad de la noche cuando la ciudad parecia convertida en un panteón á causa de los tenebres que la sobresaltaban, no podia ser sino un rival afortunado que cobijado bajo esa misera apariencia burlaba la vijilancia de los guardianes de su honor.

Lleno el corazon de celos é impresionada la mente con estas ideas, soltó D. Fernando el embozo de la capa y echó á andar con toda la ligereza de sus veinticinco años en pos del indio.

La luna volvió á despojarse de sus ceadales mas clara que nunca alumbró con sus poéticos melancolicos rayos ese vasto escenario.

D. Fernando no perdía de vista á Pucanahui, caminando de este modo, el uno en pos del otro, llegaron á las afueras de la ciudad.

Este era el momento decisivo.

Fernando echó al suelo su embozo, se caló el abrigo hasta las cejas, sacó una daga del cinto y con toda la rabia salvaje del tigre que ha su presa, se lanzó sobre el indio indefenso y desprevenido.

Un grito se oyó en el silencio de la noche—Pucanahui se defendía vigorosamente; pero el al del asesino le amenazaba sin piedad.

—La carta, decía con ronca voz D. Fernando, arta.

En la lucha desigual que sostenian los adversarios, el mas débil debía sucumbir.

—¡Socorro! gritaba el indio, en su dulce lenguaje y sus ecos se perdian entre el rumor de los ventos.

Al fin, acribillado de heridas cayó al suelo y el roz español degarrando con la daga las vestras que lo cubrian halló lo que buscaba.

CAROLINA FREIRE DE JAIMES.

MELODIAS HEBRAICAS.

(Imitacion del inglés.)

V.

EL HARPA DE DAVID.

El harpa del Rey—poeta,
Del santo pueblo jefe,
De las tribus profeta,
Del ungido de Dios;
¡Oh música! la tierna
Harpa de cuerdas de oro,
Que hallara en tu alma eterna
Los armoniosos cánticos
Que á su fondo arrancó:

Harpa que hasta ablandaba
El corazon de bronce
Del infiel, y llevaba
La virtud á su ser:
Harpa que nunca oyeron
Sin lamentar los hombres,
Y que jamás sintieron
Sin entonar la célica
Salmódia de Israel:

Harpa que conmovía
Del pueblo el entusiasmo,
Y redoblar hacia
El llanto de Saúl:
Esa harpa en el olvido
Yace y mudo silencio,
Sin vibrar ¡ay! sonido....
¡Están rotas, sin música
Las cuerdas del laud!

No habieron á sus sonos
Oídos insensibles
Ni helados corazones
Sin gozar y gemir.

Y mas fuertes que el trono
Del Rey que la pulsaba
En melodioso tono
En bosques, valles, páramos,
Fué el harpa de David.

Celebró las victorias
Del pueblo y sus patriarcas,
Y enalteció las glorias
Del reino de Judá:
Envió de estos parajes
Al Dios de las alturas
Devotos homenajes,
Que al cielo en ecos líricos
Fueron á resonar.

Oyendo esos cantares
Acallaron los truenos
De tempestuosos mares
Y el ruido de Aquilon;
Los cedros corpulentos
Inclinaron sus copas
A tan suaves acentos,
Y sus moles titánicas
Galaad estremeció.

Desde entónces sus cantos
Cesó de oír la tierra,
Que ora en risas y llantos
Consuelo no halla igual.
De Amor solo á las voces
Y Devocion su madre,
Aun despliega veloces
Alas el alma férvida
Que cree en Jehová;

Y escucha aun sonidos
Que divinos parecen,
Y halagan sus oídos
Con un nombre feliz;
Mas ¡ay! solo delira
Con dorados ensueños
Esa alma que suspira
En día ó noche lóbrega
Por la Harpa de David.

J. F. DÁVILA.

REFLEXIONES.

TRADUCCION PARA "EL ALBUM"

POR LA SEÑORA J. DE G.

"El matrimonio es un viaje largo: en él se encuentran flores y espinas, llanuras risueñas y precipicios, dias serenos, tiempos nublados y borrascas. No olvidéis viajeras jóvenes que el medio mas seguro de evitar el cansancio y los peligros es caminar sin rodeos, sobre todo sin llamar la atencion. Un tren brillante suele extravai del camino y separar á dos que viajan juntos. Los medios mas humildes son los mas seguros. Es preciso que cada uno lleve su carga y llegar al término sosteniéndose uno á otro y bendiciendo la cadena venturosa.

Si el matrimonio no es un pacto de buena fé, un comercio de seguridad é indulgencia no puede ser otra cosa que una horrible esclavitud. Su cadena empañada por las pesadumbres y enmohecida por las lágrimas, lastima, hiere, oprime, llega á hacerse insoportable."

"Una mujer jóven, amada de su esposo, no debe renunciar á los medios de agradarle, pues la union mas perfecta no puede resistir largo tiempo á la falta de esmero, y sobre todo al abandono."

"Hay distancias que nunca se pueden salvar."

"Privarse de amar es imponerse una carga superior á las fuerzas humanas. De todos los males que se ocultan bajo el altar del himeneo, los mas agudos y los mas irreparables son los que produce la distancia de edades."

"Quien reconoce dueño se confiesa esclavo."

"Una mujer jóven no debe fiarse ni aun de los amigos de su marido y jamás debe vacilar en sacrificar su reposo, arrostrar todos los peligros y aun dejar que se sospeche de su virtud, mas bien que causar un escándalo y esponer la vida de su marido á los azares de un combate, cuando solo debe ocuparse en conservar su honor, asegurar su tranquilidad y hacerlo feliz."

"Una confianza mútua y absoluta es solo lo que asegura la paz de los matrimonios."

"El medio mas seguro de afianzar el vínculo conyugal, es unir la suavidad y la resignacion."

"Si el destino os liga con un esposo que posea algun talento, conservad con el mayor esmero este doble estímulo; miradlo como el medio mas seguro de fijar á vuestro lado el objeto de vuestro amor. La heranosura pasa; las gracias se alteran; el ingenio se ágría; el carácter muda. Pero los talentos distraen siempre del

mo precio, se toma ese líquido en injertos salones y servido por jóvenes amables y bonitas. *Utile dulci.*

A pesar de todas esas medidas aún abundan en París los bodegones donde se vende á los obreros una especie de agua sucia preparada con huesos y toda clase de yerbas. En esos establecimientos, para que el caldo parezca fuerte se le hacen *ojos* echando buches de aceite sobre la superficie del líquido á fin de que éste parezca grasiento y nutritivo.

Es un error, sin embargo, creer que para obtener buen caldo basta emplear carne de primera calidad, pues si bien algunas veces la mala carne es causa de que el líquido sea desagradable, sucede á menudo que el mal gusto y el aspecto repugnante del líquido, se deben á la inhabilidad del preparador. Solo así se comprende que en muchos hoteles y *restaurants* buenos se sirva al público sopa con un caldo poco apetitoso, mientras que en los hospitales de París toman los enfermos un buen *consommé* preparado artísticamente con muy poca carne.

Para obtener buen caldo con carne de vaca es preciso que el agua esté en proporción con la cantidad de carne; así para una libra de carne se necesita que solo haya dos litros de líquido. Nunca debe calentarse el agua antes que la carne, sino sumergirse ésta en agua fría, la cual se calienta á fuego lento, y reemplazando siempre la que se consume con igual cantidad de agua tibia. Si el líquido hierve es indispensable disminuir el fuego, pues la carne se cocerá entonces y no proporcionaría en la ebullición la osmazoma y la gelatina, sin las cuales el caldo no es bueno. Solo cuando el líquido comienza á hervir se debe quitar la espuma que se forma y concentra sobre la superficie, y nada más que entonces es cuando se pone sal al caldo, pues antes produciría sobre la carne el mismo efecto que la ebullición prematura.

El sabio químico Liebig, que no desdeñó ocuparse de cuestiones de cocina imaginó un medio de preparar excelente caldo. Consiste éste en no emplear sino filete de carne, desprovisto de tendones y aponeurosis, y reducido á picadillo muy fino. Este se pone en agua fría y se cuece lentamente hasta ebullición; entonces se quita la espuma y se sala, no solo con sal común (cloruro de sodio) sino también con cloruro de potasa, que Liebig ha encontrado en abundancia en las masas musculares del hombre.

Este proceder de Liebig presenta el inconveniente de que el picadillo de carne no puede utilizarse despues como alimento, pues queda reducido al estado de esparto. Téngase, sin embargo, en cuenta que aún haciendo el caldo con postas de vaca, para que el líquido sea bueno, la carne ha de quedar muy seca y mala ó viceversa. La vaca cocida es un alimento muy poco nutritivo y desagradable.

Debe también no olvidarse que el caldo no es alimento tan nutritivo y reparador como generalmente se cree: está probado que contiene muy pocos principios alimenticios y que en una taza de café con leche existen muchos mas que en una de caldo. No hay tampoco ventajas en cocer la carne en agua para tener en seguida dos alimentos, caldo y vaca cocida, pues ésta última queda como estropajo si el primero es bueno y viceversa. Mas todavía con cuatro libras de carne, por ejemplo, solo quedan despues de la ebullición una libra de vaca cocida; mientras que la misma cantidad de carne, si se asa, proporcionará dos y media libras de asado con todos los principios nutritivos.

El químico Darcet inventó pastillas para hacer caldo, las cuales preparaba con huesos solos; trataba á éstos con el ácido hidroclórico, con objeto de separar las materias terrosas y con la gelatina que de los huesos obtenía hacia las pastillas, añadiendo antes al líquido un poco de carne y legumbres. Se ha probado experimentalmente que las tales pastillas no contienen ningún principio alimenticio.

El extracto de carne, preparado por el método

de Liebig se ha probado también que es poco nutritivo, pues no contiene creatina que es el principio especial de la masa muscular. Tampoco son muy nutritivos el té de vaca (*beef-tea*) tan usado en Inglaterra y los Estados Unidos, ni el extracto de carne común: para el té de vaca se extrae de ésta todo el jugo, mediante un poco de agua, á fuego lento y cubierta la carne; para el extracto la vaca en pedacitos se coloca en un frasco á fin de extraer el jugo por el vapor de agua.

La verdad es que el caldo es un alimento poco fuerte y agradable que conviene á los estómagos delicados, especialmente á los enfermos y convalecientes. Los caldos de pollo y ternera son lijeros, mucho menos nutritivos que el de vaca y se usan con ventaja en los casos de enfermedades inflamatorias; los de tortugas y ranas son, por el contrario fortificantes y convienen en las enfermedades crónicas, como la tisis; los de yerbas se usan como laxantes. De todos modos, el caldo común es indispensable á los enfermos y convalecientes, satisfice en ellos á muchas condiciones, sobre todo, desde que los médicos han renunciado á las dietas rigurosas.

Al indicar el modo mejor de hacer buen caldo no queremos por cierto condenar las sopas de uso en las familias, preparadas menos científicamente, pero que tienen buen aspecto y sabor. Sabido es, por otra parte, que esas sopas no constituyen el único alimento de las clases acomodadas.

ANDREA BELLIDO.

(LA HEROINA DE HUAMANGA.)

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Al señor D. Federico Torrico.

(Conclusion.)

V.



ERAN las dos de la tarde del día siguiente.

La población de Huamanga se hallaba sumergida en profundo duelo.

El ejército patriota al mando del guerrillero Quiros había sufrido una derrota en la acción de la *Macaona* y refugiado en *Quiccamachi*, acababa de ser sorprendido nuevamente por una expedición realista.

Entretanto, Andrea Bellido, la hermosa india tan amada por los de su raza, acababa de ser apresada y comparecía ante la justicia como reo de conspiración.

Andrea, con la frente serena, con un valor y un heroísmo digno de la noble causa á la cual se había consagrado, tanto por patriotismo cuanto por amor á Lopez, compareció ante sus jueces á prestar su declaración.

Su acusador era D. Fernando de Silva. La joven le miró con el profundo desden que inspiran las almas innobles y viles.

Cuando le presentaron la carta arrojada con la vida al infeliz Pucallahu, Andrea se llevó vivaamente la mano al corazón y ahogó un sollozo.

Los jueces la interrogaron, pero la joven no conocía una palabra del español y nada pudo contestar sino por medio de intérprete.

Entonces se vino en conocimiento de que no era Andrea la autora de esa carta escrita en castellano y en la que se daba á los patriotas noticias importantísimas sobre la misma expedición que acababa de sorprenderlos, haciéndolos abandonar su ventajosa posición.

Con este motivo acreció el empeño de los es-

pañoles para conocer el verdadero autor de este aviso tan importante y del cual se había hecho un misterio en la ciudad estando el secreto reducido á poquísimas personas acaso de las mas interesadas.

Pero Andrea se negó con heroico valor á prestar esta declaración.

Sus hermosos ojos se levantaron con fervor al cielo, sus bellos brazos se cruzaron con resignación sobre su pecho, sus labios murmuraron una plegaria y así en esta fría inmovilidad que la hacía asemejarse á una estatua, oyó los improperios, escuchó las amenazas, percibió todas las luchas sostenidas por la pielada que inspiraba su juventud y su hermosura y el despecho de los que veían burladas sus esperanzas.

Andrea conoció que estaba perdida. Los españoles no sabían perdonar á sus enemigos.

VII.

Los rayos de luz de la moribunda tarde penetraban apenas por entre las rejas del húmedo y estrecho calabozo donde yacía encerrada Andrea.

Qué amargo desaliento producido por la súbita transición de ese mundo de esperanzas que encierra la libertad á la aterradora soledad de entonces.

La imaginación de Andrea era un caos.

Así pasó las horas de ese día tan lleno de emociones y así vió llegar la noche sin que el sueño bienhechor descendiese un momento sobre sus párpados.

Será preciso morir? se preguntaba con angustia y sus labios murmuraban un nombre y entre las tinieblas de su calabozo, se dibujaban la imagen querida de Lopez y la dulce sombra de su anciano padre.

A la mañana siguiente, el secretario del corregidor, ante quien había comparecido Andrea el día anterior, se presentó en su prision.

—Vengo de parte del corregidor, le dijo en el dulce idioma de la joven, y no sin haber ántes saludádola galantemente.

—¿Que dice? preguntó Andrea.

—Quiere saber su última resolución y le ofrece la libertad si revela el nombre de sus cómplices.

—Es inútil insistir—prefero la muerte, contestó la joven con resolución.

A las cuarenta y ocho horas, y no sin haber sido ántes empleados por los españoles todos los tonos de la persuasión, fué condenada á muerte la valerosa Andrea Bellido.

VIII.

Serena y radiante apareció la aurora de uno de los últimos días de Abril. Las nubes de color de grana extendían sus aéreos cortinajes, dibujando en el cielo pintorescos paisajes, las aves modulaban sus primeros cantos y los ruidos del viento venían á morir entre las rejas de la prision de Andrea, evocando en su mente los dulces recuerdos de la infancia, del hogar abandonado y del padre ausente.

En efecto, ausente se hallaba Bellido é ignorante del trágico drama cuyo desenlace se preparaba en una de las ciudades mas florecientes del Perú!

Andrea contemplando, por entre las rejas de su prision, el cielo, con los ojos enrojecidos por el insomnio, con los sedosos cabellos flotando en hechicero desorden sobre sus espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho y aspirando con delicia el aire matinal, repasaba en su memoria todos los ensueños de su vida.

Había amado con todo el fervor de su alma viril y apasionada, había forjado en su mente mil castillos de ventura para el porvenir y el soplo de la realidad iba en breve á derribarlos ofreciéndole en vez de la corona de desposada, la corona del martirio.

Una apatía melancólica reemplazó en ese momento á su antigua exaltación—todos los prestigios de la juventud perdieron su brillo y del alma agonizante de Andrea, como se evapora

la riquísima esencia de un cristal, se evaporaron los sueños y las dulces esperanzas...

De repente resonó en la soledad y el silencio el redoble de un tambor—Andrea se estremeció.

No temia la muerte pero tampoco la creyó tan cercana.

La puerta del calabozo se abrió y un guardia de infantería con una partida de soldados aparecieron en el dintel.

—Andrea Bellido—le dijo conmovido el oficial español—persiste U. en no revelar el nombre de sus cómplices?

—Si, contestó con firmeza la jóven.

Entonces el español se acercó á Andrea y clavando su mirada en la suya, le dijo por el bajo con acento de compasion.

—Tan jóven y no teme U. la muerte?

—Si mi muerte ha de salvar la vida á los seres que amo, por qué he de temerla?

El español hizo un gesto en que á la vez revelaba la impaciencia y la piedad y le señaló la puerta.

Andrea salió entre la partida de soldados.

VIII.

En medio de la plaza de la ciudad se habia colocado un banquillo.

Custodiando ese lugar de suplicio se hallaba un guardia de arcabuceros.

El pueblo inmóvil, silencioso y mudo se agrupaba en las esquinas, llenaba las avenidas, se formaba en pelotones en el centro de la plaza.

Los únicos ruidos que se escuchaban salian de las mismas filas de los realistas porque Andrea inspiraba piedad hasta á sus enemigos.

La fúnebre comitiva avanzó lentamente. La hermosa india vestia un sayal de penitente, sus hermosos cabellos ondeados y negros le formaban un manto real sobre sus espaldas; sus ojos velados por la sedosas pestañas, revelaban la serenidad de esa alma heroica que preferia el martirio á la traicion!

Un sacerdote caminaba á su lado recitando las fúnebres oraciones.

Al llegar á la plaza, Andrea fijó con avidez sus miradas sobre el numeroso concurso que la rodeaba y exclamó con voz baja y entre sollozos:

—Padre mio! padre mio!

Al lado del suplicio y semejante al ángel malo se hallaba de pié pálido y cojijunto D. Fernando de Silva.

Andrea le dirijió al pasar una mirada de misericordia tan honda, tan conmovedora, tan triste, que D. Fernando, á pesar de su salvaje valor, tembló de emocion y hubiera querido hundirse en las entrañas de la tierra.

Todavía al pisar la primera grada del suplicio fatal, se aproximó á Andrea un jóven español enviado por el corregidor para requerirla de nuevo á que declarase la verdad.

—Diga U. al que le envia, contestó la india elevando los ojos al cielo, que Andrea Bellido no sabe vacilar.

Diez minutos despues se escuchó una uniforme detonacion y una densa nube de humo envolvió á la hermosa india ya sin vida y á sus verdugos:.....

Pero en el mismo instante, del centro del tumulto y atropellándolo todo, salió un hombre á caballo y casi al mismo tiempo que la primera detonacion, sonó otra, y una bala fué á herir en la mitad del corazon á D. Fernando de Silva.

¡Lopez! Lopez! el terrible jefe patriota! esclamaron en coro los españoles.

Una maldicion, contestó á estas palabras, y el ginete se perdió entre una nube de polvo de vorando la distancia:.....!

CAROLINA FREIRE DE JAIMES.

TEMPESTAD Y CALMA.

Activo fuego, que en el alma mia Morabas otro tiempo ¿dónde estás? Hoy tranquila la sombra de la dicha Veo ante mi pasar!

Mágicos sueños de ventura y gloria,
Amor risueño, candida ilusion
¡Fiebre del corazon enamorado,
Martirio del dolor;
¿Dónde habeis ido que en helada calma
Por vez primera, me dejais así?
Despues de tanta tempestad y duelo
¿Os alejais al fin?
¡Ah! volved! que prefiero la borrasca
A este descanso para mi mortal!
Y el alma mia desolada y triste
Desamparada está!
Venga á mi mente la tormenta ruda;
Vuelva la lucha cruel, vuelva el dolor!
Mas aparta el hastio de mi lado
Omnipotente Dios!
Envia á mi el pesar: como un amigo
Unido siempre á mi existencia fué:
Busque en mi corazon como otras veces,
Seguro asilo fiel.
¡Si, Dios santo! primero que esta calma
Quiero sufrir la ruda tempestad;
Velando por los miseros mortales
Tu omnipotencia está.
¡No la sombra gentil de la esperanza
Desaparezca en el espacio azul!
¡Que aunque vuelva á llorar mil decepciones
Siempre me quedas tú!

MARÍA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

¡DIPUTADO!

Soneto.

No me abandones, sueño delicioso;
Presta tu encanto á mi ambicion de gloria!
Yo quiero porvenir, quiero una historia
Y mi nombre llevar doquier famoso!
Nunca hallaré pfra mi afan reposo
Sino en una curul, y no ilusoria,
Donde dejar grabada mi memoria
A toda una provincia haciendo el oso!

Para recrearme en el dorado techo
De una mágica sala de sesiones,
Roncando en un sillón como en mi lecho!

Sin agotar mi inteligencia en tareas;
Y libre de trabajos y afliciones
Paparame aquellas suspiradas dietas!
1874.

LUIS DEL LAGO.

LA VIDA DE UN HOMBRE.

POE LA SALDA, JOSEFA MARIA ACEVEDO DE GOMES.

(Continuacion.)

VI.

SOLEDAD, HAMBRE Y DEMENCIA.



L decir esto salió y examinó cuidadosamente las cercanias de la choza y volviendo tranquilo donde su hijo continuó:

—No ha venido, ya se ve, la ofrecí volver mañana. Yo no sé si ella quiere que yo te reserve su venida, pero no me encargó el secreto. Ademas, me convia á que haga un largo viaje con ella mientras duran las calamidades de la patria, y ya ves que esto es largo. Ya la he dicho que no iré ó que irás con nosotros.

Pedro preguntó con angustia:
—Pero, ¿quién es, papá?
Acevedo le respondió al oído:
—Es la muerte!

Pedro se estremeció con horror.

—Oh, papá! dijo, deseché usted esa vana idea. Su imaginacion se extravía. La muerte no tiene cuerpo, ni voz, ni figura; la muerte....

—Calla, Pedro, dijo con calma Acevedo, tú no la has visto ni oído y yo sí. Es espantosa y le tengo miedo. Puesto que no me ha seguido, mudemos de domicilio sin que ella lo sepa. No quiero que la veas porque su aspecto es horrible y te intimidaria.

Pedro guardó silencio; algunos instantes despues convidó á su padre á tomar alguno alimento y luego se retiró á solas á llorar triste mente pidiéndole á Dios que lo libertase del dolor inmenso de ver loco á su amado padre. Muchos dias bajo Acevedo á la fuente, pero siempre manifestaba terror y repugnancia al emprender esta correria á que parecia arrastrado por una invencible necesidad. Unas veces regresaba abatido y decia que la muerte habia venido á renovar su convite, y otras con el semblante alegre contaba á su hijo que no habia encontrado al terrible espectro. Todo esto llenaba de amargura á Pedro; pero el colmo de sus infortunios ocurrió poco despues. Fué, como de costumbre, á recojer sus provisiones, pero no halló nada. Refirió á su padre aquel contratiempo, y ambos se consolaron esperando que al dia siguiente llegaria el mensajero. Pero en vano repitió sus viajes durante muchos dias: el hombre no pareció. Entonces fué necesario ponerse á una escasa racion para hacer mas larga la duracion de sus escasos viveres. Al fin estos se agotaron casi enteramente, y el proveedor no parecia. ¿Quién podrá pintar la situacion de aquellos desgraciados? Veian acercarse el hambre con todos sus horrores, y para mayor desconsuelo los pocos animales silvestres de que antes cazaban, se habian ahuyentado de las inmediaciones de su choza, por temor de los lazos en que tan frecuentemente caian. Pedro vagaba tres ó cuatro horas seguidas por los montes del contorno, y volvía lleno de pesar y desconsuelo, sin traer un ave, un conejo, ni el menor alimento para su padre. Entonces bajaba al arroyo y, alguna vez acaso, sacaba un pececillo ó un cangrejo, y esta era toda la comida del infeliz Acevedo, quien jamas se resolvió á comer solo el escaso alimento que su virtuoso hijo le presentaba. Desde que el hambre comenzó á afijir á Acevedo, ya no salia de la choza, "porque temo," decia, "hacer ejercicio y despertar el apetito." Sus ojos hundidos, su color pálido, la excesiva flaqueza de sus manos manifestaban su extrema necesidad; pero ni una queja salia de sus labios, ni un leve signo de impaciencia oscuricia su interesante y triste fisonomia. Una mañana convidó á su hijo, diciéndole:

—Pedro, quiero que busquemos juntos algo qué comer, y si hoy no hallamos, mañana partiremos para el pueblo y esperaremos allí la suerte que Dios nos mande.

En efecto, salieron, y á las ocho ó las diez cuabras de su morada vieron un gran mono que trepaba alegremente sobre un árbol. Acevedo le echó una mirada satisfecha y codiciosa y con trémula mano le dirijió un tiro. El animal cayó muerto al pié del árbol y Acevedo se apresuró á cojerlo.

—Este es para tí, dijo con emocion, presentándolo á su hijo.

Este besó con respeto y amor la mano que se lo daba y juntos volvieron á su choza á regalarle con aquella pobre carne. Al dia siguiente, Acevedo volvió á salir con el jóven, porque temia que agotada aquella mezquina vianda volviese el hambre á atormentarlos [de nuevo. Pero en vano caminaron aquel dia; ningún animal se presentó á su vista. Cuando regresaban tristes y desconsolados á su humilde albergue, descubrieron un aguacate silvestre cargado de fruto; mas no estaba en sazón todavía. Sin embargo, cojieron las mas grandes esperando que madurarian en la choza, pues tenian que al dejarlas en el árbol, algunas aves nocturnas les robasen aquella provision. Como era preciso economizar la carne del mono, Pedro no es-